

Editorial

Con serenidad, con rigor profesional que me atribuyo y por tanto dispuesto a cualquier crítica o denuncia frontal y pública, considero necesario seguir siendo constructivamente crítico.

Hace ya tiempo, en unas Jornadas celebradas en el Colegio Oficial de Médicos de Valencia, en torno al problema de las drogas, en el coloquio posterior, me referí a los «camellos de bata blanca». Como consecuencia de mi adjetivación, un sábado por la mañana, un grupo de media docena de jóvenes profesionales del «Instituto Valenciano de Ayuda al Toxicómano» me emplazaron junto con un representante de la Organización Colegial, para pedirme explicaciones. En un extremo de la gran mesa, cerca pero distante, el representante, y en el otro extremo, lejanos, apiñados, los jóvenes indignados.

Afearon mi frase, me intentaron presionar para que me retractara. Sugerí que si había algo de ofensivo en la expresión coloquial, censurable o punible, me denunciaran judicialmente. Renegaron y callaron.

Pero después conseguí con un grupo de colaboradores y participación de la Consejería de Sanidad, que se revisara el tratamiento de «mantenimiento» con Metadona, más o menos como hoy se aplica.

Fue un mal menor frente al cual me manifesté en su día, criterio que pasados los años no he modificado. Es más, he denunciado cómo la Metadona es otro fármaco adictivo que no sólo resuelve el problema de la heroína, sino que lo prolonga y complica; cómo los síndromes de abstinencia a la metadona eran mucho más severos clínicamente que los que padecían los heroínomanos «puros».

Poco después me referí a la Buprenorfina, a ciertos hipnóticos y ansiolíticos recetados con «alegría» o ignorancia. Mientras,

se negaba el mismo galeno a proporcionar Clorhidrato de Naltrexona, antagonista de los opiáceos, de una receta mía, desde la medicina pública o privada. Desgraciadamente aún hoy (5 de Noviembre de 1991) sigue ocurriendo.

Controvertido, puñetero, recalcitrante incómodo, creo que hago lo que debo al denunciar los hechos mensurables y probados cuando los detecto.

Sé que puede resultar impopular, molesto, hasta inútil y suicida INSISTIR sobre alcohol, la compulsión juvenil politoxicómana... etc, pero pienso perseverar a cualquier precio.

Aunque parezca increíble, todo lo escrito es sólo una breve introducción para una nueva denuncia: en cualquier farmacia puede conseguirse sin receta ni problema, un eficaz opiáceo, con menos contraindicaciones que la Morfina, por un precio que oscila entre las 200 y las 400 pesetas la caja o el frasco, con garantía de pureza, sin corte ni interposición de patrulla ciudadana, sin gitano, senegalés, marroquí o nativo, estupefacto brigadier o testigo vecinal malvarrosa o malvaverde.

Estoy viendo cómo progresan los astutos de la Codeína, inteligentes farmacólogos frustrados, que consumen diariamente 20 veces la dosis máxima aceptada por el laboratorio.

Plan Nacional contra la Droga, Colegio de Farmacéuticos, galenos, psicoanalistas profundos... ¿de qué vais, tios? ¿Qué precisáis?. ¿Un Pepito Grillo, un chivo espia-torio, una coartada..., proseguir con la impunidad del soliloquio, el diálogo de sordos o el manejo demagógico?.

Si os mola más, puedo contar con original y copia, registro de entrada, con terminología científica estricta, con profusión estadística y metodología informatizada, este serio vacile encabritado.

Conste que puedo decir MUCHO MAS y con jerga más serena e incluso más ambigua, pero considero que no toca el grácil eufemismo, pirueta dialectal para el buen entendedor, sino que sigue siendo el momento para llamar a las cosas por su nombre: filósofos, funcionarios distantes, teóricos de la dependencia, proyectores de esquemas preventivos, políticos arribistas

y demás personajillos: ¿sois incapaces de soportar la praxis cotidiana diseñando con humo? Si así fuere, bajad a la arena y lidiar los hechos. Podrís humanizaros o conseguir mi respetuoso silencio.

Emilio Bogani
Director